

**IN MEMORIAM: EXCMO. SR. D. GONZALO FERNÁNDEZ
DE LA MORA**

UNA CLAVE BIEN RAZONADA DE LA FELICIDAD

Palabras del Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás

Participar en esta sesión conmemorativa de la figura y obra de nuestro compañero D. Gonzalo Fernández de la Mora es para mí un honor y un alivio del golpe que significó su repentino fallecimiento. Tres días antes de su muerte habíamos sostenido una larga y enervorizada conversación, en la que él mostró con mayor énfasis que nunca su preocupación por el bajo nivel ético de la sociedad actual. Se me hace duro pensar que de forma tan súbita —aunque él siempre decía, y por desgracia con razón, que su vida pendía de un hilo...— hayamos perdido una mente preclara, una voluntad férrea en la defensa de sus convicciones, un intelectual sincero que honraba la Academia con su participación incesante y cualificada.

Es difícil escoger un tema para este acto de homenaje, pues su magna obra ofrece mil perfiles a cada cual más sugestivo y valioso. Voy a destacar dos libros especialmente queridos por él: *El crepúsculo de las ideologías*, que lo consagró como un investigador penetrante de filosofía política, y *Sobre la felicidad*, su última obra, escrita con especial empeño por constituir una especie de testamento ético, dirigido especialmente a los jóvenes.

EL DECLINAR DE LAS IDEOLOGÍAS

Rigurosamente entendidas, las ideologías se oponen a la actitud de rigor en el pensar que nuestro compañero siempre propugnó y adoptó en su vida. En sentido estricto, se entiende por «ideología» un sistema de pensamiento esclerosado. En principio, pudo haber respondido al análisis de una vertiente de la realidad, pero, por no haberse adaptado a los cambios, se quedó desfasado y sólo puede ser sostenido por razones políticas de adhesión rígida a un programa partidista. De esta condición más bien negativa de las ideologías se derivan las características que Fernández de la Mora les atribuye:

1. Las ideologías contienen predominantemente directrices de comportamiento y principios de acción ¹.

2. Una ideología es «una filosofía política simplificada y vulgarizada» ², por ser una doctrina carente de la complejidad y finura de análisis que exige la fidelidad a lo real en toda su riqueza. La ideología «nace para uso de los estratos más bajos del género humano» por carecer de la tensión sinóptica que exige el conocimiento de lo real en toda su trama de implicaciones. Las realidades más relevantes son de por sí tan complejas, que, si no son sometidas previamente a un proceso de banalización, no se adaptan a los procedimientos demagógicos. La superficialidad torna opacos los conceptos y los reduce a algo amorfo y manipulable. En mentes propensas a políticas intelectuales de violencia, un concepto banalizado constituye un recurso bélico de drástica eficacia.

3. Al popularizarse, que es lo suyo, las ideologías adquieren el carácter de creencias ³, en cuanto son aceptadas sin plena conciencia racional de su razón de ser. Esta insuficiencia racional es provocada, en las ideologías, por una excesiva pobreza de sentido interno, y en las creencias por excesiva riqueza. En este último caso, la razón, al ser desbordada por algo entitativamente muy poderoso, se plenifica; en el primero, por el contrario, al verse reducida al mundo agostado de la mera subjetividad, se depaupera hasta extremos que comprometen la vida personal de los hombres. No por azar los ideólogos se han visto siempre obligados a operar sobre personas reducidas previamente a la condición ontológicamente precaria de meros individuos.

¹ Cf. *El crepúsculo de las ideologías*, Rialp, Madrid, 1965, pág. 31.

² *L. cit.*

³ *Op. cit.*, pág. 35.

4. Esta opacidad de las ideologías provocada por su atencencia a lo superficial las sitúa en relación estrecha de dependencia respecto a los fenómenos de masificación. Sólo cuando se advierte el vínculo de las ideologías con la retracción frente a la realidad —de la que brota la flexibilidad de la mente— se puede comprender que las ideas, en la medida en que se masifican y disuelven, pierden autenticidad y se degradan ⁴.

5. Las ideologías responden, en definitiva, a un defecto de precisión, provocado, a su vez, por una voluntad precipitada de autonomía frente a los dictados de lo real, o, si se quiere, por la falta de aquello que según Goethe nadie trae consigo al nacer y es necesario, no obstante, para vivir personalmente: la «reverencia». Para ser precisos en niveles de hondura hay que ser fieles a la flexibilidad indómita de lo real, y esta fidelidad a lo trascendente es obra no sólo del entendimiento, sino también del sentido y la voluntad.

Esto permite comprender que el pensamiento ideológico no sea «honestamente realista» ⁵, ni logre despertar vida personal-comunitaria, sino tan sólo vida individual-colectiva. Al no estar abierta a lo real fluyente y complejo, una idea —aunque al principio sea exacta— pronto se convierte en camisa de fuerza que impide el despliegue normal del pensamiento. Las ideologías son violentas por carecer ellas mismas de la debida libertad.

6. Queda claro que las ideologías se muestran poco realistas. Pero, ¿qué se entiende por realismo? ¿Se opone, acaso, la actitud realista a la participación personal del hombre en sus actos de conocimiento?

Examinado con rigor filosófico, el tema de las ideologías entraña un problema gravísimo, pues si se entiende el conocimiento de lo metasensible —lo no sometible a análisis científico— como no realista y no riguroso en absoluto, se ciega la fuente más amplia del saber humano y se concede una primacía injusta al conocimiento de lo cuantificable. Si se piensa, por otra parte, que, para ser rigurosamente racional, el conocimiento humano debe rechazar toda colaboración del sentimiento —considerada como una forma de intromisión espuria—, se reduce el campo del saber racional al ámbito más superficial de la realidad, con grave quebranto de la salud mental del hombre, ser nacido para vivir en niveles muy hondos.

⁴ *Op. cit.*, pág. 45

⁵ *Op. cit.*, pág. 37.

En definitiva, al enfrentarnos al tema de las ideologías tropezamos con el grave enigma que late en toda la historia de la Filosofía: Qué es el saber. ¿Es el hombre una «caña pensante» o, más bien, un ser complejo hecho para pensar, amar y sentir realidades que conmueven todo su ser, lo sobrecogen y, sobrecogiéndolo, lo plenifican?

La experiencia del último siglo nos advierte que el cultivo de las ideologías arrastra a la Humanidad al caos: a la estridencia intelectual primero, y a la conmoción bélica después. Pero hoy estamos advirtiendo que la crítica de las ideologías, si no guarda el debido equilibrio a base de gran sutileza y precisión, puede correr el riesgo de amputar un ámbito esencial del ser humano: El mundo del espíritu o, dicho más ampliamente: el campo de realidades valiosas en que el espíritu se expande y llega a sazón.

Un análisis fiel de la situación actual nos permite afirmar que el fenómeno —a primera vista desazonante— del declinar de las ideologías constituye para el hombre de hoy una invitación enérgica a la esperanza, por significar un paso muy firme hacia una actitud intelectual de integración en todos los frentes. Tarea integradora que viene inspirada por un *ethos* de fidelidad al ser en sus diversos estratos. Lejos de toda actitud de violenta coacción racionalista, o —lo que viene a ser casi igual— de toda campaña de minimización de la riqueza interna de la realidad, el hombre contemporáneo, bien aleccionado por las duras experiencias del pasado y, sobre todo, por la emoción que le produce el conocer hondamente los diversos seres de su entorno, se apresta hoy día a relegar prejuicios y dar carta de ciudadanía en el quehacer cognoscitivo a todas las facultades humanas, incluso a las consideradas tendenciosamente como «irracionales». El conocimiento filosófico debe ser un conocimiento rigurosamente humano, y esto exige un cierto nivel o voltaje entitativo por parte del ser entero del hombre. Más que incumbencia de una sola facultad, el conocimiento humano es el fruto de una tensión y una distensión de todo el ser. Los conflictos entre las posiciones extremas marcadas por el Voluntarismo, el Intelectualismo y el Sentimentalismo son fruto en buena medida de la superficialidad del pensamiento. Cuando ahondamos en el estudio de una realidad y descubrimos su riqueza, observamos que es esta riqueza la que obliga a las diversas facultades humanas a ponerse en juego y coordinarse entre sí.

El problema de las ideologías nos ha permitido precisar un tanto de cerca estas sutiles y graves cuestiones. Tal vez pocos temas puedan servir de base tan clara como éste para mostrar que estamos efectivamente en marcha hacia una nueva época, una era del pensamiento más esforzada, más colmada de riesgos, pero incomparablemente más lúcida y plena que la «Edad Moderna».

Gonzalo Fernández de la Mora no se opone al sentimiento. Lo valora, si se lo entiende bien. Una vez y otra y con toda energía subraya la primacía del logos sobre el pathos. «La genuina condición del hombre —escribe— es racional. Somos un “logos” patético que acaso un día se transforme en “logos” puro. Nuestro eje diamantino es el intelecto, y a él hay que ordenarlo todo. La razón es el útil magno de la verdad. Pero no la alcanzaríamos si no la apeteciéramos. Hemos de buscarla con ímpetu. Llevo años esforzándome en promover la única pasión intelectual lícita, la de ser “lógico” siempre. Es el “eros” augusto»⁶. Pero seguidamente destaca la necesidad de integrar las tres facultades del hombre: el entendimiento, la voluntad y el sentimiento: «Hay que amar la obra ajena para consagrarnos a su intelección (...); hay que amar la verdad para entregarle lo mejor de nuestra vida, lo que no es negocio y coacción existencial, y hay que gozarse en la objetividad y en el rigor. También la teoría está impulsada por motores patéticos; pero no les dejemos que fijen el rumbo»⁷. Bastaría estudiar un tanto de cerca las *diferentes formas de objetividad* —correspondientes a los diversos estratos de ser— y, por tanto, de *rigor* para estar en condiciones de articular debidamente las *diferentes formas de racionalidad y de sentimiento* que latén *in nuce* en el párrafo transcrito.

LA ALIENACIÓN Y LA INFELICIDAD

El libro *Sobre la felicidad*⁸ lo escribió Fernández de la Mora —según propio testimonio— con gran ilusión, por el deseo de complementar y clarificar la idea un tanto pesimista del hombre que había ofrecido en su libro anterior: *El hombre en desazón*⁹. En la Primera Parte realiza un amplio y penetrante análisis del concepto de felicidad legado por los grandes pensadores, desde Epicuro y Aristóteles hasta Max Scheler y el P. Santiago Ramírez. Para ello moviliza sus impresionantes recursos: conocimiento de lenguas antiguas y modernas, trato asiduo con las obras más representativas de la literatura y la filosofía... En la Segunda Parte, pone en juego su sabiduría de la vida y ofrece claves de orientación sumamente lúcidas y equilibradas. El *Epílogo para jóvenes* es un lúcido texto lleno de preocupación y esperanza a la vez.

A través del acopio erudito de datos, el autor quiere comunicarnos su convicción de que el ser humano, aun existiendo «en desazón», tiene ante sí un amplio horizonte cuando se pregunta en serio por el sentido de su vida.

⁶ Cfr. *Pensamiento español, 1965. De Ortega a Nicol*, Rialp, Madrid, 1966, págs. 18-19.

⁷ *Op. cit.*, pág. 19.

⁸ Ediciones Nobel, Oviedo, 2001.

⁹ Ediciones Nobel, Oviedo, 1997.

Por no descubrir con la debida lucidez dicho horizonte, buen número de jóvenes actuales no logran superar la decepción y el vacío existenciales y se evaden al mundo irreal de la diversión, la droga, el placer fácil y superficial... Por significar una salida de sí *en falso*, esa forma de evasión aboca al vacío. Este género de vacío no puede llenarse con el ejercicio de una *libertad de maniobra* absoluta, ni con el consiguiente *permisivismo* y *consumismo hedonista*, que inspiran una actitud *pasiva e irresponsable* ante la vida ¹⁰.

Esta conducta irresponsable significa una huida de la realidad, que lleva, como en el caso de *El Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, al vacío existencial y la destrucción de la personalidad. Tirso describió genialmente a Don Juan como un *ser en trance de huida* («¡Ensilla Catalinón...!»).

La existencia humana ha de ser vivida «como una empresa finalista» ¹¹. Por eso «no basta con pasarlo bien, hay que hacer algo valioso para que la vida se perciba como digna de ser vivida» ¹². El hombre, según la Biología actual más cualificada, es un «ser de encuentro», vive como persona, se desarrolla y madura como tal al crear modos de unión elevados con las realidades de su entorno. Tiene que «salir de sí» para ganar su identidad personal y desarrollarse cabalmente. Este desarrollo es bloqueado por la fijación fascinada en las experiencias placenteras, ya que «la búsqueda del placer es individualista y egoísta» ¹³.

Para hallar una salida a la asfixiante situación de «aislamiento ético» ¹⁴ en que se halla una parte de la juventud actual, debemos distinguir cuidadosamente las distintas formas en que podemos *salir de nosotros mismos* sin evadirnos y alienarnos. Por atenerse al conocido esquema orteguiano «ensimismamiento-alteración», Gonzalo F. de la Mora parece considerar como alienantes todas las actividades que nos sacan del recinto acotado de nuestro yo: «*En las dos grandes clases de hedonismo —escribe— hay alienación, es decir, el hombre sale de sí mismo y se evade merced al vino, al opio, al beso, al arte, a la ecuación, a la invocación. Todos los hedonismos son diversiones, no ensimismamientos*» ¹⁵.

El sentimiento de amistad y profunda admiración que siempre me ha suscitado la figura del autor me lleva a ofrecer mi pequeño aporte a la gran tarea cla-

¹⁰ Cfr. *Sobre la felicidad*, págs. 177-178.

¹¹ Cfr. *op. cit.*, pág. 183.

¹² *Ibid.*

¹³ Cfr. *op. cit.*, 174.

¹⁴ Cfr. *op. cit.*, pág. 177.

¹⁵ Cfr. *El hombre en desazón*, pág. 95.

rificadora que nos propone en el *Epilogo para jóvenes*¹⁶. A mi entender, los esquemas «dentro-fuera», «interior-exterior» dejan de ser *dilemas* para convertirse en *contrastos* cuando adoptamos en la vida una actitud creativa. Un poema que leo superficialmente está ahí, *fuera* de mí; no sólo es distinto de mí sino *externo, extraño, ajeno*. Si lo asumo como si fuera su autor y le doy vida, lo re-creo, y con ello deja de serme exterior y ajeno para hacerse *íntimo*, aun siendo distinto. Salir de mí para acceder a este poema y entregarme a él no me pierde o aliena; perfecciona mi personalidad porque creo un campo de juego con el poema en el cual ambos nos perfeccionamos en medida directamente proporcional a la calidad del poema y al grado de mi capacidad interpretativa.

Ni yo absorbo el poema ni el poema me absorbe a mí; ambos potenciamos nuestro modo de ser en el encuentro. Este tipo de encuentro enriquecedor no lo podemos realizar con meros objetos, sino con realidades de rango superior que son *fuentes de posibilidades* y se ofrecen, como tales, a nuestra potencia creadora. Al saludar a una persona, salgo de mi interioridad para encontrarme con un ser que se halla fuera de mí, en un lugar exterior al que yo ocupo. Pero, si esa persona es amiga mía, porque hemos creado una auténtica relación de encuentro, no se halla *fuera* de mí, no me es *externa y extraña*, sino *íntima*. Intimidad significa aquí que estamos insertos dinámicamente en un campo de juego común, en el cual compartimos actitudes, sentimientos y finalidades sin perder un ápice de nuestra identidad propia.

En consecuencia, al abrirme con toda el alma a una realidad que me ofrece una serie de posibilidades —una persona, una institución, una obra de arte, una obra literaria...—, no salgo de mí para perderme o alienarme; incremento mi identidad personal porque amplío la envergadura de mi yo. El yo pleno del hombre se va configurando a medida que se relaciona creativamente con un «tú» —que puede ser una persona o cualquier realidad que el yo pueda asumir activamente por ser una fuente de posibilidades creativas—. Cuanto más valiosas son éstas, más elevado es el encuentro resultante de la unión, y más entrañable la intimidad que ésta funda entre las realidades que la establecen. Con profunda razón afirman los escritores místicos que, en la experiencia religiosa más alta, Dios llega a ser «más íntimo al alma que su misma intimidad» (*interior íntimo meo*), según expresión feliz de San Agustín.

Por ser fuente de posibilidades, una obra literaria constituye una realidad eminente —precisamente por no ser «cósica»— y no puede calificarse de «mera fic-

¹⁶ Cfr. *op. cit.*, págs. 173-185.

ción». Es una forma singular de «realidad relacional». La inmersión en su mundo nos adentra en la trama de interrelaciones que constituye nuestra peripecia vital; no nos aliena y despersonaliza.

El joven desilusionado que se entrega a realidades que lo *fascinan* o *seducen* sale de sí en sentido negativo, porque pierde la libertad interior, se lanza por la pendiente del vértigo y queda succionado por el vacío y la soledad. En cambio, si sale al encuentro a una realidad que le ofrece posibilidades creativas —de tipo ético, estético, religioso...—, deja de ser un iluso porque se ve lleno de la ilusión que nos produce crear formas elevadas de unidad.

Estas consideraciones nos permiten comprender hasta qué punto, como bien observa Gonzalo F. de la Mora, el mero poseer bienes, disponer de libertad de maniobra, moverse en un ambiente permisivista a ultranza... nos aleja de la auténtica felicidad porque nos *di-vierte*, en el sentido pascaliano de que nos *des-centra*, ya que el único centro del hombre es el campo de juego que crea al relacionarse con realidades valiosas, que le ofrecen posibilidades para desarrollar su capacidad creativa.

En esta hora penosa de despedida, hemos de congratularnos por haber tenido entre nosotros durante tantos años a esta figura del pensamiento que no por elevada fue menos entrañable. Esa presencia continuará indefinidamente en nuestro recuerdo, en el mensaje de sus obras y en el legado impagable de su biblioteca, que con razón él cuidaba como la niña de sus ojos.

PALABRAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. JOSÉ LUIS PINILLOS

Sr. Presidente:

En este acto de homenaje de la Academia a nuestro querido y llorado Gonzalo tiene que haber diferentes perspectivas, como es natural. Yo estoy todavía demasiado dolorido con la pérdida de Gonzalo como para hacer algo muy académico; no lo voy a hacer. Voy a hablar sencillamente de la amistad que nos ha unido, de algo muy subjetivo que me ha unido con él y con su mujer desde que fuimos condiscípulos hace muchos años, casi sesenta y además su mujer fue compañera de colegio de la mía, de Elvira Laffon, mi primera mujer. De manera que a Gonzalo me unen sentimientos profundos de estos que son irrevocables y que están por encima de todo lo que sucede después en la vida, aunque nos separen las circunstancias y esas cosas y así ha sido hasta el final.

Tengo en casa un papel que, como todos los papeles que me importan, lo he guardado tan bien que lo he perdido y no se donde está, que fue la nota que me dejó Gonzalo la última vez que le vi, el día que hablé en la academia, sobre la subjetividad moderna y, en contra de todo lo que solía hacer, porque se metía mucho conmigo y hacía muy bien, además tenía pleno derecho y deber de hacerlo, me dejó un papel que decía «Querido José Luis me tengo que ir pero me ha gustado mucho lo que has dicho, ya hablaremos». No hemos podido hablar. Pero la

amistad profunda no termina con la muerte del amigo. Cuando uno de ellos vive, sigue viva esa amistad y probablemente incluso se acrecienta y se comprende mejor en muchos aspectos. Cuando nosotros nos conocimos éramos unos jóvenes llenos de entusiasmo (él más que yo porque le llevaba algunos años), de ilusiones y yo creo que a pesar de los embates que da la vida, él ha muerto sin perder esas ilusiones. Ciertamente, se ven las cosas de otra manera, pero yo siempre tuve como persona de referencia en esta casa a Gonzalo. Cuando empezaba hablar de algo que tenía que ver conmigo yo pensaba ¿que me irá a decir después de estos elogios? y efectivamente lo hacía, tenía pleno derecho como os decía antes y además el deber de hacerlo. Pero a parte de todo esto, cuando yo llegaba a la Academia un poco pronto y él estaba por allí, siempre teníamos tiempo para hacer un aparte en un rincón y hablar de nuestras cosas y de lo que nos parecía la situación actual, que pese a la diferencia de perspectivas políticas, él las tenía, las mías no sé porque yo estoy muy lejos de la política desde hace mucho tiempo, en él era una pasión, una pasión noble y en mí una indiferencia cada vez mayor, pero la verdad es que hablábamos de esas cosas y a pesar de que los puntos de vista en aspecto superficiales eran a veces contradictorios, en el fondo siempre estábamos de acuerdo en lo fundamental.

Yo me acordaba cuando hablaba con él, de lo que ocurrió a la generación de la batalla aérea de Londres donde los alumnos de Cambridge sobre todo y de Oxford también, habían hecho un juramento antibelicista y en ese sentido, no querían saber nada de la política, no querían saber nada de los prejuicios de Inglaterra. Cuando se dio la batalla de Inglaterra murieron casi todos ellos defendiendo Inglaterra. Bueno, yo creo que a mí me pasa también un poco lo mismo, pues a pesar de lo que se diga, cuando llega el momento las cosas que le importan a uno salen a la superficie y eso es lo que nos unía a Gonzalo y a mí.

Leyendo, porque he tenido que hacerlo, un libro muy completo, parecido al que ha hecho sobre la felicidad Gonzalo, uno que hizo Pedro Laín sobre la amistad, en el que va pasando también revisión de casi todo lo que se ha dicho sobre la amistad, leí un pasaje de la *Iliada* en la que Aquiles duerme y en sueño se le aparece Patroclo, que le dice: «eres mi amigo, me cuidaste mientras vivía». Pues eso tengo que decir yo también de Gonzalo que me cuida, a su manera, desde lejos pero siempre me cuida mientras vivía. Yo tengo la esperanza de que lo siga haciendo, ya no está aquí, pero vive de esa otra manera que es en el recuerdo de lo que hemos aprendido de él. En fin Gonzalo para mí ha sido una persona irremplazable, fuimos condiscípulos en la mejor manera de ser condiscípulos cuando empezábamos a estudiar, él era hombre que mandaba mucho, Gonzalo fue hombre que siempre mandó y lo hacía bastante bien además. Recuerdo su aparición en escena

cuando éramos estudiantes, en el año 43, en una clase sobre la filosofía griega, apareció Gonzalo envuelto en una capa castiza que le sentaba muy bien y nos dejó sin respiración a todos, sobre todo a las chicas que estaban allí y decían: ¿este hombre quién es? Pues bien, este hombre era Gonzalo Fernández de la Mora que venía de su clase de derecho, porque hacia derecho y filosofía, y las dos cosas las hizo muy bien, Gonzalo era enormemente capaz, y siempre fue un hombre brillante, enormemente brillante al que no le iban las posiciones tibias. Gonzalo era un hombre que despertaba grandes amistades como la que despertó en mí y grandes enemistades también como las tuvo. Él paso por la vida manteniendo una cosa que siempre he admirado: la honestidad. Pero no sólo la honestidad económica que por supuesto la mantuvo, el fue Ministro de Obra Públicas en la época de Franco. El me decía mira José Luis tú sabes como vivo, vivimos modestamente. Cuando yo fui Ministro de obras públicas lo primero que me ofrecieron fue un porcentaje, que no acepté. Yo jamás he tenido complicidad económica de ningún tipo. He procurado hacer lo que estaba en mi mano lo mejor que sabía, y eso ya sabes que se paga en la vida. Evidentemente Gonzalo navegó por la vida con viento de través. Llegó a donde quería y murió, en plena lucidez, en plenas facultades, siendo lo que en la vida había sido siempre para todos nosotros. Aquí evidentemente, como recordaba antes el Presidente, intervenía mucho, intervenía bien, a veces no oportunamente, pero intervenía siempre con un fondo de razón y esa razón en él era algo más que pura lógica, por encima de la lógica expresaba sentimientos que la lógica a veces no capta, sentimientos vitales muy profundos que le hacían defender lo justo, el fondo de humanidad que es lo que en definitiva salva a los hombres del olvido de los que le han conocido y de los que no lo han conocido, porque el tiempo tiene un brazo muy largo, que acaba sacando a la superficie las cosas. Os decía que la amistad no muere con la muerte del amigo y os aseguro que en mi caso es así. El recuerdo de Gonzalo, de su ejemplo, de su fidelidad me acompañará mientras viva.

Muchas gracias.

PALABRAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MANUEL ALONSO OLEA

Mis colegas Alfonso López Quintás y José Luis Pinillos Díaz han hablado con más conocimientos y autoridad, y con más acierto desde luego que con el que yo lo haré, de los tan copiosos como relevantes méritos de la biografía ejemplar de nuestro llorado colega Gonzalo Fernández de la Mora y Mon. Y a las mías, seguirán, las seguro estoy, luminosas y profundas de Antonio Millán Pueyes.

Éstas, entre otras que serán obvias en seguida, marcan el contenido tan personal y tan injustamente breve de lo que sigue.

Gonzalo y yo fuimos, nacidos ambos en 1924, de la misma generación y hasta de la misma quinta, como antes popular y tradicionalmente se decía y ya ni siquiera jurídicamente se puede decir, desaparecido el servicio militar obligatorio en tiempo de paz. Esto fue lo que hizo que nos encontráramos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid al comenzar ambos los estudios de Licenciatura en octubre de 1941. Me remonto pues a más de sesenta años atrás para recordar cómo la tal coincidencia vino a ser mucho más que topográfica y aún más que académica. Porque desde el primer momento fuimos buenos amigos, compartiendo bancos y tableros, preocupaciones y satisfacciones, posiciones elogiosas o críticas.

Seguro estoy de que él, como yo, hubiera recordado en este momento, si Dios hubiera querido que las tornas fueran otras, a nuestros compañeros de grupo; a Ricardo Gómez-Acebo, Letrado del Consejo de Estado, que más tarde sería su Subsecretario en el Ministerio de Obras Públicas; a José Batista Montero-Ríos, honra y prez de la carrera notarial, gallego de pro, que comenzó su carrera en las Notarías de Puente Caldelas primero y Redondela después; a Jesús González Pérez nuestro compañero en esta Casa; y a la pléyade de diplomáticos de nuestra promoción o con ella coincidente: Nuño Aguirre de Cárcer, Carlos Fernández-Shaw, Alberto Pascual Villar, Miguel Solano Aja, que con el mismo Gonzalo dieron lustre y buen decir y hacer a la Carrera diplomática.

Quizá también hubiera recordado a Carmen Laforet con la que, si no compartimos sus primeros pasos novelísticos de los tiempos de *Nada*, sí participamos en ellos de alguna lejana forma.

Fue Gonzalo en la Facultad de Derecho un alumno espectacular, porque a la brillantez de su mente, unía el fervor y el entusiasmo en la exposición de su pensamiento de forma que, todos los que con él estudiamos, somos tributarios de alguna manera de uno y otra, como una y otra vez he tenido personalmente ocasión de comprobar.

A nuestra promoción 1941-1946 de la Facultad de Derecho en la Universidad Central la llamó el Decano Iturmendi «la Muy Leal Promoción» y en las reuniones que ésta tuvo con motivo de sus sucesivos aniversarios, organizadas por un amigo entrañable y también compañero de promoción de ambos, Enrique Castellón Fernández, alguna de ellas en mi casa, fue Gonzalo, digo, el punto de encuentro del grupo, el *meeting point* de todos, por así decirlo, los aeropuertos importantes de nuestras reuniones.

De nuestras reiteradas conversaciones en esta Casa con ocasión de su biblioteca a ella donada, o a propósito de libros cuya adquisición justamente recomendamos, hago omisión.

No tanto puedo hacerla de una larguísima —prolongada durante muchas horas— conversación en su casa, junto al Monasterio de Poio en la cual, por así decirlo, recapitulamos episodios de nuestras vidas propias y de la de nuestros amigos y hablamos de nuestra Religión y de nuestra Patria; tampoco, volviendo hacia atrás puedo olvidar nuestros largos paseos, comentando la recién acabada lección del día de Zubiri, a cuyos cursos fuimos asiduos; o, retrocediendo todavía más en el recuerdo, nuestras discusiones sobre las lecciones luminosas de Javier Conde que abrió para sus alumnos de 2.º de Derecho a Platón, San Agustín, Hobbes o Bodino.

Dije al principio que éramos de la misma quinta y, porque lo fuimos, hicimos juntos el comienzo de nuestro servicio militar en las dos largas temporadas de tres meses en el campamento de La Granja de San Ildefonso, obteniendo la graduación de Alféreces de complemento.

Allí quizá, o quizá después, sin saber a ciencia cierta por qué, surgió nuestra afición a los temas aeronáuticos, de los que abundantemente hablamos, al hilo de nuestros viajes por el mundo, que, si no peripecias de tiempos remotos, sí eran más aventurados normalmente, y más largos siempre, de los que hacemos ahora.

Aún podría, creo, seguir narrando recuerdos de una amistad como la de Gonzalo y mía, mantenida a lo largo de más de sesenta años, y de la que fui extenso beneficiario.

Espero, querría, que, su brevedad no obstante, lo que precede de alguna forma haya rendido un homenaje personal mínimo al Excmo. Sr. D. Gonzalo Fernández de la Mora y Mon, que Santa Gloria haya.

GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, FILÓSOFO

Palabras del Excmo. Sr. D. Antonio Millán-Puelles

Lo que ante todo y con bien sobrado fundamento llama inevitablemente la atención en la desbordante personalidad intelectual del fundador de *Razón Española* es la excepcional amplitud y la interna riqueza del horizonte de sus intereses culturales. Gonzalo Fernández de la Mora se ha ocupado de asuntos y cuestiones pertinentes al Derecho, la Filosofía, la Literatura, la Historia, la Politología, la Economía e incluso la Biología y hasta la Físico-matemática. En la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas hay fidedignas pruebas de todo ello, así como de la concentrada y singular atención con que eran seguidas sus frecuentes intervenciones, tanto las ya previstas como las improvisadas a lo largo de los debates que espontáneamente fueron desarrollándose.

No han escaseado en España los polígrafos, y tal vez los más próximos al estilo y al temple de Gonzalo Fernández de la Mora hayan sido Ortega y Eugenio d'Ors, de los que él, por cierto, se ocupó expresamente en diversos escritos, a los que puedo sumar lo que le oí en algunas conversaciones que acerca de ellos mantuvimos y que no fueron pocas ni mucho menos, breves. Gonzalo Fernández de la Mora era un óptimo conversador, tan sugerente como inagotable. Con él se podían pasar horas enteras sin el menor asomo de impaciencia ni de cansancio.

Pero lo más relevante en la polivalencia de su pensamiento no consiste precisamente en su extremada abundancia —superior, sin ninguna duda, a la de la

mayoría de los polígrafos españoles y no españoles—, sino en la básica y sustancial unidad latente bajo tan diversas inflexiones. En el pensamiento de Gonzalo Fernández de la Mora las distintas modalidades del saber no se limitan a yuxtaponerse, antes bien, todas ellas responden a una misma esencial finalidad y tienen un mismo origen (histórico y epistemológico a la vez). Justamente por ello, en otro escrito de homenaje he podido decir: «Sin ser exclusivamente filosófico en todas las ocasiones, el pensamiento de Gonzalo Fernández de la Mora sólo podrá entenderlo en su pleno significado quien perciba que la filosofía es el subsuelo donde hunden sus raíces más profundas todas sus preocupaciones e inquietudes. O lo que es lo mismo; aunque no siempre hable de filosofía, Gonzalo Fernández de la Mora piensa desde ella siempre, incluso en las ocasiones que menos parecen propiciarlo».

¿Cuál es la razón en cuyo ejercicio radical consiste la filosofía? La respuesta de nuestro pensador a esta pregunta se puede formular muy brevemente, pero su adecuada comprensión exige varias puntualizaciones. La razón de la que él propiamente habla cuando la nombra de una manera explícita no es otra cosa que el entendimiento humano: la facultad de conocer que hay en el hombre más allá, o por encima, de sus capacidades sensoriales. Pero esta facultad trans-sensorial no tiene nada que ver con la razón de los «racionalistas», y de ahí la necesidad del término «razonalismo» como contradistinto del «racionalismo» que menosprecia e incluso descalifica esencialmente lo que nuestras aptitudes sensoriales nos ponen de manifiesto a su modo y manera.

La superioridad y trascendencia que, en su concepción racionalista viene a atribuirse a la razón es compatible, dentro de esa misma forma de entenderla, con lo que Gonzalo Fernández de la Mora llamaba la «humildad de la razón». Con ella resumía su tesis de la necesidad que el entendimiento humano tiene —para no moverse en el vacío— de contar con los datos sensoriales en el ejercicio de sus propias funciones. De esta suerte, el razonalismo se mantiene en la línea de la tradición aristotélica, sin limitarse a expresar su conformidad con ella, porque ha añadido a las argumentaciones habituales la consideración —ejemplificada en múltiples ocasiones— del modo según el cual el logos humano ha procedido en sus conquistas científicas de superior calado y envergadura.

Y, sin embargo, la «humildad de la razón» es enteramente irreductible a toda idea puramente utilitarista del valor del logos humano. Por dos razones: en primer lugar, porque el logos humano no es un mero instrumento al servicio de las necesidades vegetativas y sensitivas que nuestra especie comparte, bien que de un modo *sui generis*, con otras especies de vivientes corpóreos; y, en segundo lugar, porque tampoco la función esencial del entendimiento humano es la de un medio al servicio de nuestros sentimientos y pasiones.

Para Gonzalo Fernández de la Mora el *logos* humano es intrínsecamente vida. No necesita hacerse «razón vital» porque ya es vida en sí mismo. Ciertamente, el vivir del hombre no es un puro pensar, pero éste es parte eminente del específico modo humano de vivir. La «subordinación existencial de la razón a la biología humana», que el racionalismo admite, no significa en él una auténtica subordinación esencial. Sin duda, quiere decir que, en cuanto hombres, no podemos dar satisfacción a nuestras pulsiones biológicas más elementales sin poner al servicio de ellas nuestra propia razón; pero esto no demuestra en modo alguno que en la prestación de ese servicio se agote todo el poder de nuestro *logos*, ni que tal prestación sea el cometido más alto de la razón humana.

Finalmente, la dualidad del *pathos* y del *logos* no consiste, para Gonzalo Fernández de la Mora, en nada que se parezca a un insuperable antagonismo. El *logos* encauza y rige los sentimientos y las pasiones del hombre cuando éste se comporta de tal modo que permanece en su más alto nivel, al contrario de lo que acontece, por ejemplo, en el ámbito propio de la política cuando en ella deciden las ideologías. Pues no son éstas unas ideas directrices científicamente elaboradas, sino unos subproductos resultantes de pasiones y sentimientos —entre ellos, el de la «envidia igualitaria» insumisos a la razón.

Quienes no acertaron a percatarse de la sustancial diferencia entre las ideologías y las ideas vieron en el autor de *El crepúsculo de la ideología* una especie de aséptico tecnócrata sin ningún sentido ético y social. He aquí una de las respuestas —elegida por mí entre otras muchas igualmente inequívocas— que les da el acusado: «Más que de aprender a manejar un ordenador, el bienestar colectivo y la supervivencia de la especie dependen de que se respete a la naturaleza y a los más experimentados, de que no se mienta, no se ejerza violencia ilegítima sobre el prójimo, y no se haga a los demás lo que no se desea para uno mismo; en fin, depende de que quienes puedan no cesen de reformar éticamente a la imperfecta especie humana» (Editorial del número 65 de *Razón Española*).

Quiera Dios que sepamos asimilar todo el legado ontológico, ético y político de Gonzalo Fernández de la Mora. Que acertemos a aprovechar las enseñanzas de quien ha sido —y a través de su obra sigue siendo— una de las inteligencias españolas más lúcidas, responsables y fecundas.